

añadida al antiguo juramento, era una novedad introducida por el cancelario. Las circunstancias eran favorables para este designio, porque iba á celebrarse el sínodo, con cuyo motivo acudian á la ciudad los párrocos de los pueblos; y como entre ellos habia muchos doctores adictos al obispo, se esperaba tener la pluralidad de votos. Se juntaron, y se averiguó que en efecto el cancelario, al conferir los grados, habia sido el primero que exigió el juramento con la adición del hecho de Jansenio; pero tomando inmediatamente la palabra algunos doctores respetables, sostuvieron que aquella adición, ya fuese antigua ó nueva, era muy prudente y aun necesaria. El cuerpo de la universidad se declaró abiertamente á favor de este partido, y en consecuencia decretó algunos dias despues la facultad de teología que nadie fuese admitido á los grados, ni aun á sostener conclusiones, sin haber suscrito el formulario segun la práctica de la Sorbona; y que los que hubiesen recibido los grados despues de la pretendida paz de Clemente IX, debèrian suscribir del mismo modo en el término de un mes, si no lo habian hecho todavía.

Confirmada esta resolución y notificada á las comunidades eclesiásticas, todas se conformaron con ella, á escepcion de una sola. El superior del oratorio se habia resistido al principio; pero el interés dissipó despues sus escrúpulos, porque la nacion de Anjou no quiso admitirle á la regencia del colegio, si no obedecia al decreto de la universidad. Los esfuerzos que hicieron tambien algunos doctores, venidos

desde muy léjos, á fin de revocar la resolución, no produjeron otro efecto que el de hacer que fuesen degradados dos canónigos reglares y un sacerdote secular de los mas amotinados, y que se diese orden á otros seis para que no volviesen á comparecer en las juntas.

29. Estas disposiciones fueron confirmadas por un decreto del consejo de estado, con fecha de 11 de Setiembre de 1676: lo que movió al obispo de Angers á publicar en el mes de Diciembre siguiente un nuevo edicto, al cual puso la fecha de 4 de Setiembre del mismo año. ¡Tan grande era el aliciente que tenia para estos señores el uso de las antedatas! Prorogando el prelado la publicacion de este edicto, habia esperado sin duda que cederia la corte, y poniéndole fecha anticipada habia querido hacer creer que esta esperanza no habia influido nada en su conducta. Otro efecto de la misma humildad. A la retractacion formal y completa que se veia obligado á hacer de su primer edicto el obispo de Angers, y que verdaderamente hacia en el segundo, se la daba el título de ilustracion. En ella aseguraba que se habia entendido mal su primer pensamiento, y que jamás se habia propuesto prohibir la suscripcion pura y sencilla del formulario á los que creyesen que podian darla en conciencia. Sin embargo, la conducta que habia observado constantemente, y las espresiones generales y prohibitivas de su primer edicto, desmentian muy á las claras esta esplicacion.

Como quiera que sea, la facultad de teología

exigió la suscripción, no solo de aquellos que buenamente se conformaban con ella, sino tambien de cuantos quisiesen entrar y permanecer en dicha facultad. El síndico, hombre de la misma doctrina y de la misma franqueza que el obispo, intentó, aunque en vano, persuadir á los doctores, al volver de un viage que habia hecho á París, que el arzobispo de esta capital y el cardenal ministro le habian encargado dijese á sus compañeros, que la obligacion de firmar pura y sencillamente era solo para lo sucesivo, sin tocar á las suscripciones ya hechas á consecuencia de los edictos de los obispos, de cualquier manera que se hubiesen hecho. La universidad se mantuvo firme en su primera resolucion, y poco despues, en virtud de una orden del Rey, se borró de los registros la relacion del síndico impostor. Todos los estudiantes de teología suscribieron segun lo mandado, á escepcion de diez y seis, trece de los cuales estaban adictos á una comunidad formada ocultamente en la ciudad en medio de las innovaciones y disturbios. Para esparcir y eternizar sus errores, suelen los novadores modernos formar estas asociaciones en la apariencia devotas, no solo de las personas aplicadas á las ciencias, sino tambien de gentes de todas profesiones y oficios, en quienes la obstinacion suele ser igual á la ignorancia. La corte dió orden al comandante de la provincia de Anjou para que disipase la comunidad furtiva de los escolares de Angers con otra que se habia establecido del mismo modo en la Flecha. Así se restituyó la paz á la universidad de esta provincia, la

cual tuvo la gloria de hacer alarde de su fe en los tiempos mas dificiles, y se distinguió siempre en lo sucesivo por su adhesion á la sana doctrina y al centro de la unidad.

30. Pero interrumpamos por algunos momentos esta desagradable narracion, y presentemos al lector objetos de mayor consuelo. A mediados del siglo diez y siete, algunos misioneros españoles formaron el designio, no solo de hacer espediciones evangélicas, sino tambien de ir á establecer su morada en el seno de la barbarie mas agreste y sanguinaria, en el corazon del continente inmenso de la América meridional. Hasta entonces solo se habia tratado de hacer algunos establecimientos en las costas marítimas, especialmente en las del Perú, sin atreverse nadie á pasar las montañas espantosas, que por la parte de Levante elevan sus cimas heladas hasta la media region del aire, desde donde no descubren los curiosos mas que selvas cuyo fin no se alcanza á ver, pantanos intransitables, lagos y rios como mares. La idea que se tenia de aquellos vagos espacios, era que estaban poblados de tigres, de leones, de hienas, de serpientes enormes y de salvages mas feroces que todos estos mónstruos. Pero habia enseñado la esperiencia á los operarios evangélicos, que el único medio de hacer frutos sólidos y duraderos entre los americanos, era penetrar en las tierras mas distantes de las ciudades y habitaciones europeas (1). Por eso los misioneros, arrojando todo género de trabajos y peligros, pasaron

(1) *Cart. edif. t. 8. p. 289. &c.*

en el año 1658 á los países remotos por donde corre el Marañon, llamado por otro nombre el rio de las Amazonas; y llegaron hasta el parage en que se edificó despues la ciudad de Borja, esto es, á trescientas leguas de Quito, de donde habian salido. Desde allí se esparcieron por las riberas del Pastaca, del Gualagaa y del Ucayala, para buscar á los salvages dispersos en las selvas que hay cerca de estos rios. En fin, penetraron hasta las tierras de bendicion fertilizadas por el Paraguai, el Paraná y el Uragai, con otros muchos rios que forman el de la Plata, comparable con el de las Amazonas.

Y despues de estas escursiones arriesgadas, ¿cómo habian de tratar con aquellos hombres feroces, dispersos á manera de las bestias silvestres, sepultados en los bosques, ocultos en las cavernas, errantes, desconfiados, continuamente armados contra los desconocidos, y unos contra otros regalándose con la carne de sus enemigos, y algunas veces con la de sus parientes? Los mas graves autores de los anales del mundo hablan con admiracion de los antiguos sábios que acertaron á reunir en sociedad á los bárbaros semejantes á los brutos, y les enseñaron á buscar lo honesto y lo útil. Esta empresa, acompañada de algun buen éxito, les pareció tan maravillosa como el arte de amansar los tigres y ablandar las piedras, con el cual le compararon los poetas. Ficciones realizadas en cierto modo por los fundadores de las cristiandades americanas, y especialmente de las del Paraguai, pues de unos brutos con figura humana, que era

necesario convertir en hombres antes de hacerlos cristianos, no solo formaron sociedades mejor arregladas que nuestras ciudades mas florecientes, sino tambien iglesias comparables con la Iglesia primitiva y pueblos enteros de santos.

31. Reparadores magnánimos de la humanidad embrutecida, muchos de ellos fueron sin duda víctimas de su magnanimidad. Los padres Francisco de Figueroa y Pedro Suarez fueron los primeros que sellaron con su sangre las máximas celestiales que predicaban. Los padres Hurtado, Durango, Richler y el licenciado D. José Vazquez, asociado á las misiones de la compañía de Jesus, consiguieron la misma corona, despues de haber cogido los frutos mas abundantes de salvacion. El padre Richler en particular, hombre enteramente apostólico, que habia renunciado todas las cosas del mundo; que se burlaba de los trabajos y fatigas, cuya sola relacion estremece; que añadia á todo esto las maceraciones mas terribles; que hacia la mayor parte de sus viages con los pies descalzos, andando por arenas abrasadas, ó por piedras puntiagudas, sin tener muchas veces para cubrirse mas que los andrajos de sus rasgados vestidos, ú hojas ó cortezas de palma, y para alimentarse, ó para no morir de hambre, mas que yervas ó raíces silvestres; con una vida tan santa hizo que bajasen de tal modo las bendiciones del cielo sobre aquellas tierras ingratas, que logró que siete poblaciones numerosas abrazasen la fe de Jesucristo, cuyo nombre honran hasta ahora con la pureza de sus costumbres

y con su firmeza inalterable en la religion que profesaron.

Léjos de amedrentar á sus compañeros la suerte de estos primeros mártires, les inspiraba los mas vivos deseos de imitarlos, y contribuyó á aumentar su número. Entretanto los oficiales del Rey de España, animados siempre del espíritu militar y conquistador, viendo que las misiones remotas, de que se habian reido al principio los sábios del siglo, iban tomando un aspecto favorable, creyeron que importaba al gobierno protegerlas, y ofrecieron á los misioneros abrirles el camino con las armas: pero aquellos dignos ministros del Evangelio nunca quisieron valerse de unos medios tan poco convenientes á su ministerio; y fieles á las lecciones del buen Pastor, y semejantes á las ovejas espuestas sin defensa al furor de los lobos, continuaron metiéndose tierra adentro, con el breviario debajo del brazo, y en la mano un báculo que remataba en un crucifijo (1). Cada uno de ellos solia ir acompañado de veinte neófitos fervorosos que, al mismo tiempo que les servian de intérpretes, hacian tambien las funciones de catequistas, y algunas veces de predicadores. Frecuentemente era necesario andar treinta ó cuarenta leguas por unos estrechos en que no se habia estampado jamás huella humana, atravesando selvas y malezas, donde era preciso estar continuamente con el hacha en la mano para abrirse paso con un trabajo escesivo y una lentitud molestísima, sin otra guia que los astros ó la brújula,

(1) *Relac. de las Misiones del Parag. por Munst. c. 17.*

como si se hallasen en medio del mar; y á pesar de toda la circunspeccion posible, se perdian nuestros viajeros, ya andando por tierras movedizas y cenagosas, en que á cada paso se esponian al peligro de quedar sepultados, y ya viéndose entre rocas tajadas que no les permitian ninguna salida. Se hallaban en la cima de un monte, ateridos de frio y calados con la lluvia, sosteniéndose con mucha dificultad en una pendiente resbaladiza, y viendo á sus pies unos abismos cubiertos en parte con cañas, por entre las cuales corrian torrentes que hacian un ruido espantoso; y en aquellas selvas antiguas, en que todavía era desconocida la segur, estaban espuestos á cada momento á perder la vida con el peso de los árboles que caian en tierra á cualquier movimiento que se hiciese cerca de ellos, y aun mas á ser despedazados por los tigres, mordidos por una infinidad de reptiles venenosos, ó devorados por enormes serpientes, cuyo aliento envenenado, y el terror que causa su aspecto horrible, quita hasta la facultad de huir. Algunas veces los salvages, á la primera sospecha que tenian de los españoles, iban á sus poblaciones, incendiaban por todas partes las selvas en que creian que habian penetrado, y principalmente en los pasos mas fáciles, de suerte que fuese mayor el incendio por donde habia de buscarse la salida.

En medio de estos trabajos y fatigas escesivas, la cama que tenia comunmente la caravana apostólica era la dura tierra, ó unas esteras, y era muy dichoso el que podia lograr una hamaca para dormir algun

rato sin temor de las serpientes y de los tigres. Muchas veces se reducía todo su alimento á un puñado de maíz, y en los viages muy largos solian faltarles enteramente las provisiones. Entonces no habia mas arbitrio que comer raices ó frutas silvestres, y chupar el rocío de las hojas para templar el ardor de la sed. Si viajaban embarcados se variaba el peligro pero no se disminuía. Sus navíos, á lo menos en los principios, se reducian á unas miserables canoas hechas de cuero ó de corteza, ó de un tronco hueco. Sin embargo, habia que atravesar torrentes impetuosos, y navegar por rios cuyas aguas arrancaban continuamente árboles corpulentos, ó por lagos llenos de cocodrilos, tal vez mayores que las mismas canoas, y tan voraces que solian arrojar contra los remeros. Pero el que prometió á los primeros Apóstoles que no les dañarian los mónstruos y los peces, no abandonó á los de la última edad, y algunas veces los libertó del modo mas prodigioso.

32. La crueldad de los bárbaros, los cuales eran casi todos antropófagos en aquellos paises, era lo que menos cuidado les daba. Aunque están siempre armados y prontos á disparar sus flechas, á pesar de cuantas señales de paz y de amistad puedan hacerseles, los ministros evangélicos, léjos de evitar su encuentro, se creian ámpliamente recompensados de sus trabajos cuando lograban incorporarse con ellos. El padre Ignacio Chomé, uno de estos misioneros intrépidos, despues de haber empleado tres dias con sus neófitos en atravesar una selva de ocho leguas que

separaba dos montañas, y otro dia en subir á la cima de la segunda, oyó ladrar unos perros, que son compañeros inseparables de los salvages. Envió tres neófitos para que reconociesen la poblacion creyendo que no estaba léjos, y no tardó en pasar adelante por la impaciencia que tenia de adquirir noticias de ella. Bajaba lo mejor que podia por entre rocas y precipicios, cuando encontró á dos de sus mensajeros que volvian llenos de espanto y consternacion, y le refirieron que á la falda de la montaña habia una porcion de infieles, que habiendo advertido el parage en que habia pasado la noche anterior, le estaban esperando á la salida del bosque, y se mostraban muy irritados; que habian cogido al otro mensajero, y que acaso le habrian quitado ya la vida. Concluyeron suplicando al padre que no pasase adelante, porque de lo contrario estaba muy espuesto á morir.

Cuando estaban ellos haciendo los mayores esfuerzos para detenerle, se escapó de entre sus manos, y precipitándose por el monte se halló en medio de los infieles, que estaban ocultos en la espesura del bosque. Eran doce; estaban enteramente desnudos; armados de lanzas, y tenian en medio al tercer mensajero. El varon apostólico va corriendo hácia ellos, y los abraza á todos con una alegría y ternura extraordinarias. Su franqueza y seguridad les causó una sorpresa que suspendió todos los demás sentimientos. Luego que se recobraron algun tanto de su primer asombro les dió parte del designio con que habia ido á su poblacion, y que tenia por objeto enseñarlos á

vivir felices en este mundo y en el otro. No mostraron repugnancia á admitirle; y entretanto llegaron los compañeros del misionero con su corto bagage, algo tranquilizados. Sacó carne salada y harina de maíz; lo distribuyó entre los bárbaros; encendió lumbré; los obsequió lo mejor que pudo, y al fin logró que le mirasen como amigo. Pero para ir á la poblacion se necesitaba el consentimiento de su cacique, el cual no se hallaba presente.

Le enviaron un neófito y un infiel. No tardó en acudir; pero en lugar de lo que se esperaba parecia que estaba ya todo perdido. Furioso al saber la acogida que su gente habia dado á los cristianos, fue, sin decir palabra á nadie, á agacharse en una piedra que habia á alguna distancia, inclinada la cabeza en la lanza y todo demudado. Se acercó á él el misionero, le acarició mucho, sin poder sacarle una palabra, le suplicó que tomase alguna cosa de lo que habia llevado para comer, pero fueron inútiles todas sus instancias. Un salvaje dijo al padre dos ó tres palabras que podian significar igualmente *está irritado*, ó *está enfermo*. El sagáz misionero las tomó en este último sentido, y se puso en ademan de tomar el pulso al cacique; pero retirando éste la mano con brutalidad: „no estoy enfermo (dijo con voz espantosa).” „¿Con que no estás enfermo (replicó el misionero dando una carcajada), y no quieres comer? Peor para ti. Eso mas les tocará á tus compañeros. Sin embargo, cuando quieras comer no tienes mas que decírmelo.” Desde este instante empezó el bárbaro á hablar, poco

después se rió, comió alegremente, mandó á su gente que fuese á buscar licores, y quiso obsequiar él tambien al misionero. Así se introducian aquellos hombres apostólicos en los últimos atrincheramientos de los demonios encarnizados en la ruina del género humano. En los mayores peligros se sentian animados de un valor que les comunicaba el cielo, y los hacia superiores á todo temor.

33. Por otra parte su caridad ingeniosa, sus innumerables atenciones y miramientos, su bondad y familiaridad, sus modales corteses y su dulzura angelical, enternecian los corazones mas duros, y se conciliaban insensiblemente su confianza. Les hacian algunos regalillos de cuchillería, de anzuelos, agujas, vidrios de varios colores y otras vagatelas, que para ellos eran de un mérito superior; les daban remedios para varias enfermedades, les curaban las heridas, les servian en las cosas mas repugnantes, se sentaban con ellos en el suelo, allí dormian y comian lo mismo que ellos, sin desdeñarse tampoco de imitar sus costumbres molestas y sus gesticulaciones ridículas.

Cuando una poblacion se determinaba por último á fijarse bajo las leyes sociales y cristianas, se trataba de atender, á lo menos hasta la primera cosecha, á la subsistencia de cada familia y de cada individuo, cuyo apetito, escitado por una glotonería habitual, era poco menos que insaciable (1). Pero la mayor dificultad consistia en enseñar los oficios de primera necesidad á unas gentes sin aptitud y sin ninguna costumbre

(1) *Ibid.* c. 15.